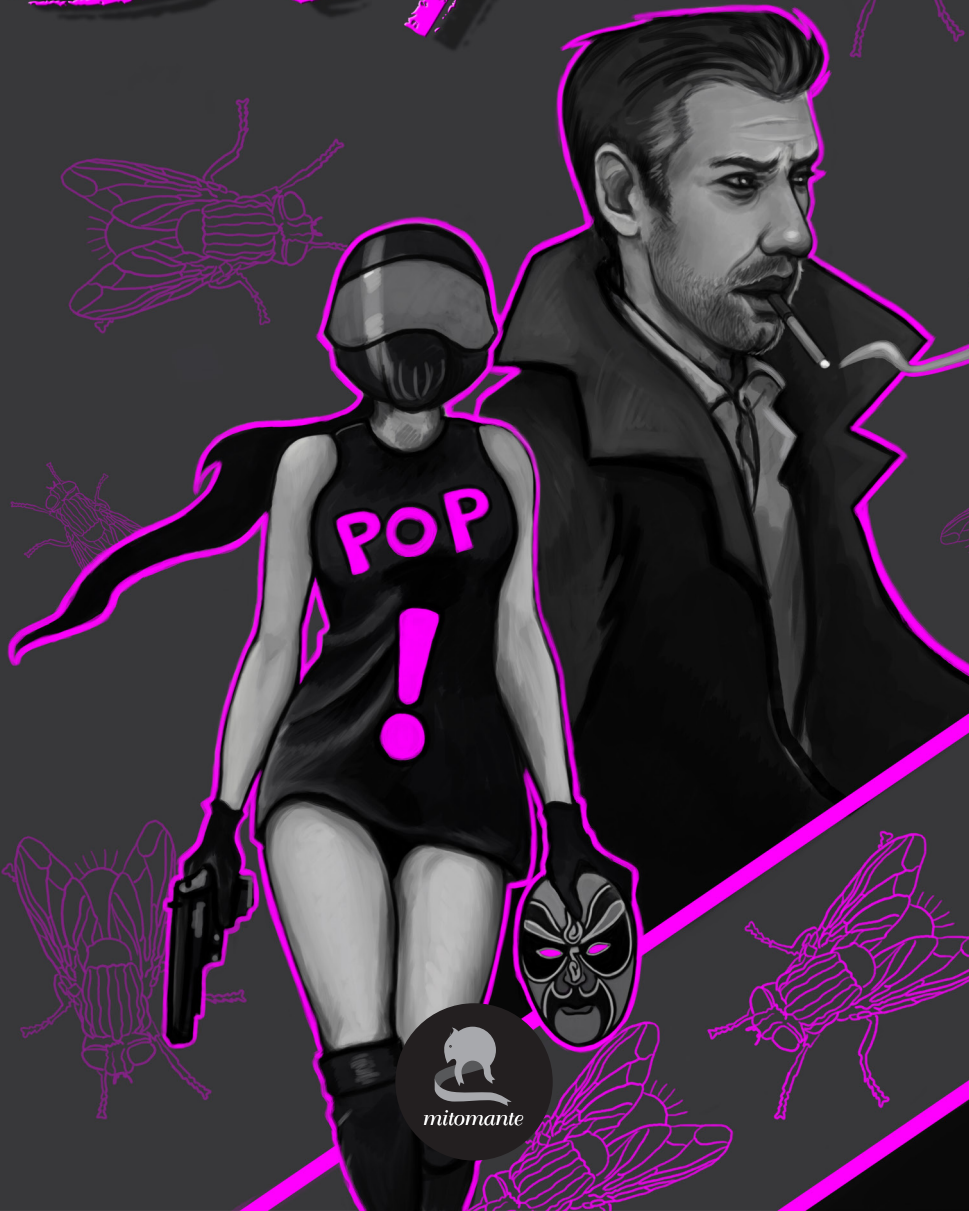




SCOTT



 *mitomante*
www.mitomante.com.ar

SCAT y todos sus personajes son de Nicolás Viglietti

| facebook / thegraycorner

Cubierta e Ilustraciones: Debora Holsinger

| facebook/debora.holsinger

Maquetador: Ziul Mitomante.

Tipografías usadas: Twcen | Electra | Basterds



Esta obra está publicado bajo licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional. Esta licencia permite copiar, compartir, distribuir, exhibir, modificar y crear a partir de la obra de modo no comercial, bajo la condición de reconocer a los autores y mantener esta licencia para las obras derivadas. creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es

SCAT

Una novela de Black V
Ilustraciones: Debora Holsinger

CAPITULO IV

Easy Meat

Tímida, apenas ruborizada, la chica avanzaba por un pasillo paralelo. Sus compañeras ya le han dicho que no tenga miedo: lo había hecho otras veces en los paralelos, y la única diferencia con lo que haría en instantes es que la mayoría de los pobres reflectores de Centerville estarían sobre ella.

La música que sonaba era un blues gastadísimo que la banda de jazz habitual (todos negros veteranos de los desechos venidos a bien), 'Road Ladies', y ella había practicado para hacerlo correctamente. Llevaba un hermoso traje enterizo, pegado a la silueta jovencísima, desmontable por partes. Respiró profundamente cuando el compás cambió y entró en el pasillo principal.

Con destreza de acróbata, de un salto quedó colgando con la cabeza hacia abajo de uno de los travesaños que había en el gran salón bordó. Su pelo, rubio y larguísimo, quedó colgando mientras se quitaba los pantalones para el público. Cuando escuchó la primera ronda de aplausos se quedó más tranquila y se relajó mucho más.

—¿Te gusta?— le preguntó Janet a Manhattan, que tenía los ojos clavados en la chica y fumaba como si lo fueran a ahorcar al amanecer —Es una de mis últimas adquisiciones.

—No parece de por aquí debajo. Parece... es como si tuviera algún diseño genético, casi podría asegurarlo. ¿Ves ese gesto en la sonrisa, donde se le forman los hoyuelos? — señaló, mientras la chica le regalaba parte de su vestido desmontable a un caballero calvo de primera fila con una sonrisa —Es demasiado prefabricado. ¿Estás segura que es del Bajopueblo?

—Manhattan, eres un viejo degenerado y desconfiado. ¿No puedes pensar que la chica ha practicado mucho para lograr ese carisma? No todo viene en los genes, sabes — dijo Janet con la voz cascada de ron —Algunas cosas se pueden enseñar.

—No se pueden enseñar cosas como la manera en la que alguien sonrío — gesticuló — es demasiado natural para ser enseñado.

Janet sonrió como un esturión mientras encendía su cigarrillo electrónico con boquilla.

—Ahora me quieres tomar el pelo. Bien, morderé: si, si se pueden enseñar Manhattan, es sólo que necesitas tiempo y paciencia, cosa que la gente en la ciudad hoy por hoy no tiene ni quiere. — finalizó la oración, echando un poco de ceniza en el suelo.

—Por eso me gusta venir a visitarte, Janet — dijo Manhattan exhalando una gran bocanada de humo —Sabes

cómo recordarme que las cosas importantes siguen siendo las mismas desde hace miles de años. Todo Centerville lleva ese mensaje grabado en las paredes— el Inspector puso las manos extendidas delante de sus ojos, como si viera una gran marquesina— “¡Hola, muchacho extraño que quiere comerse al mundo de un solo bocado! Esperamos que la visita te recuerde que coger no coge cualquiera, ni coge como nosotros cogemos. Existe la diferencia entre coger y hacer el amor, garchar y acariciar, entre el erotismo y la violencia, la seducción y la asfixia”

Centerville, en Bajopueblo, el nodo básico y más grande si se trataba de burdeles. Una antigua torre de enfriamiento de una central nuclear que había sido abandonada un siglo antes de que la familia de Janet Gravy le pusiera las manos encima.

Había sido el padre de ella quien había visto Bajopueblo formarse, cuando el éxodo mecánico hizo que todo el sustrato industrial de la Vieja Ciudad quedara semiabandonado. Jonatan Gravy había visto como todo decaía y como las mujeres de familia vendían sus cuerpos para poder alimentar hijos de maridos huidos a un lugar con trabajo.

El señor Gravy había esperado hasta que alguien comenzó a usar los servicios: observó y esperó, mientras adquiría la central nuclear a medio desocupar y comen-

zaba a acondicionarla como hotel. “Lumpy” Gravy salió a defender a una prostituta golpeada y todas las chicas (que ya lo conocían y usaban su hotel para trabajar) encontraron al “administrador” que les hacía falta.

Jonatan no era estúpido. Sabía que mantener a los trabajadores contentos era mejor para los negocios que azotarlos. Y supo probarlo. Mientras duró su vida, se transformó en uno de los jefes no oficiales de Bajopueblo, conocido por su afición a los fideos con salsa del Restaurant de la Vieja Delia y por darle propinas a trabajadores porque le sonreían. Era el emperador prostibulario, y lo sabía.

Sus hijos fueron agregando rubros y categorías, alargando vínculos. Unos cuantos se fueron a los Anillos Gemelos: el buen “Lumpy” quedó enterrado en Bajopueblo.

—Muy lindas palabras, Manhattan, mi querido amigo, pero dudo que hayas venido hasta Bajopueblo para tomarte unas copas con una vieja amiga y hablar de que tan bien que van los negocios, ¿Verdad?

El hindú quedó prendado por un momento por la danza de la chica en el pasillo central: era realmente bella y se notaba por el movimiento de sus músculos que debía ser joven, muy joven. Sacudió apenas la cabeza y contestó:

—No, la verdad que no. Sabes que soy un hombre ocupado, Janet, y que no habría cosa en el mundo que me haría más feliz que venir con regularidad a Center-ville... pero...

—Siempre con el trabajo, Manhattan, siempre con los deberes y las responsabilidades. Algún día van a terminar matándote.

—Escucho eso a menudo— respondió, apagando el cigarrillo anterior y bebiendo un trago del ron de Janet. Tenía un sabor extraño a madera que el inspector no había sentido en años.

—También se sabe que eres mala señal, Manhattan. Hay quienes dicen que la mala suerte te persigue como si fuera un perro callejero. Otros me han dicho que no has cumplido tratos, y otros que eres tan falso como la sonrisa de la mayoría de mis chicos y chicas...

Manhattan le clavó los ojos a Janet. Ella seguía sonriendo con la misma sonrisa que tienen los vendedores de pescado, o de veneno, o de propiedades venidas a menos: esa clase de sonrisa que te dice que detrás no hay el más mínimo asomo del latido de un corazón. Janet podía intimidar si la dejaban: esquelética y menuda, poco atractiva como correspondía a una mujer que estaba en el rubro más viejo del mundo y manejaba toda la esfera de un sector mayoritario de la ciudad.

Pelo lacio que caía como una cortina de seda sobre las clavículas que sobresalían marcadamente, casi andamios óseos. Era la única hija de “Lumpy” que se había quedado a cargo del imperio que había levantado su padre, y había sacado su paciencia y tenacidad para los negocios.

El hindú correspondió a la sonrisa lacónica con una risa socarrona, levantó el vaso en alto y lo vació de un saque.

—Janet, tu me conoces desde antes que muchos de los que están en el Bajopueblo, siquiera en la Vieja Ciudad. Sabes que no soy así.

—Sé que conmigo siempre has sido un caballero— concedió ella —Y que los tratos que hemos tenido siempre los has sabido respetar. Pero, me pregunto, ¿Y si cambias de parecer de un momento a otro, y yo quedo en el lado de los traicionados?

—Me ofende escuchar eso.— frunció el bigote el Inspector.

—Mejor que te ofendas a que tenga que pagar más tarde mis errores con cosas de las que no dispongo, Manhattan.— Janet hizo el gesto con la cabeza de una reverencia.

—Mira Janet— dijo el hindú con los ojos calmos como un río de llanura —Yo te doy mi palabra y mi promesa de que nada de lo que yo he dicho y hecho contigo, ni antes ni después de esto, es motivo de conflicto, ni lo será jamás. Tú eres mi amiga antes que un contacto o alguien con quien puedo hacer negocios, y creía ser amigo tuyo también.

—La lluvia ácida borra los vínculos, Manhattan. La policía también, y la Libreta Púrpura también...

—¿Qué puedo hacer para que te sientas tranquila?— soltó, mientras se encendía otro cigarrillo.

—Nada de lo que puedas hacer me hará sentir más tranquila, Manhattan. Me temo que mi tranquilidad está más allá de vos. Vivo amenazada por el mercado alternativo de gente y por los esclavistas, además de tener que evitar y darle la tajada de siempre a los azules y los cyborgs independientes. Ni hablar de cuando viene alguien de los Anillos Gemelos— sacudió la cabeza — Nunca tendría que haberles permitido entrar, ese fue un gran error.

—Sin ánimo de ofender, Janet, pero si no confías en mí y no hay nada que pueda hacer para que te quedes tranquila, no entiendo porqué me has hecho pasar y beber un trago.

La chica en el pasillo central terminó su número y todo el lugar aplaudió. Janet cerró los ojos y una delgada lágrima corrió por uno de sus ojos. Dejó salir una bocanada de su cigarrillo, que olía a hierbabuena y limón, mientras la chica rubia salía del escenario y era reemplazada por un comediante. Janet abrió los ojos, negros como ópalos, y miró directamente al hindú.

— Porque eres mi amigo, Manhattan. Y los amigos no son moneda corriente hoy en día.

— Si soy tu amigo, entonces puedo hablar con toda la franqueza del mundo. — terció él.

— Claro que si, estúpido.

— Bueno, creo que lo de la amistad es en parte cierto y en parte una puta mentira. Creo que lo que en realidad quieres decir es que sabes porqué he venido y te interesa que llegue a buen puerto porque tú tienes un interés personal en esto. Corrígeme si me equivoco.

Janet sonrió a medias, cruzó las piernas y con un gesto indicó que continuara hablando.

— Tienes chicas o chicos o cosas en el medio que están enganchados en esa porquería de la mosca roja. — Manhattan lanzó la frase como un cuchillero de circo.

Un temblor imperceptible en la mejilla de Janet le dio la clave al Inspector de que su olfato no le había fallado.

—Y no son cualquier pieza de carne que puedas cambiar en este negocio de violencia y cinturones ajustados. Oh, no. Se te están muriendo los caros. Los que vienen con codificaciones cromosómicas específicas. Los que tienen plug—ins costosos. Los que te ha costado más que un apretón de manos conseguir...

—Por favor, no continúes.— dijo con un gesto de molestia en el rostro sonriente —Si, se me están muriendo los de nivel uno, si a eso te refieres. Y sí, todos hablan de la mosca roja que tú y tus chicos están buscando ¿Es necesario que seas tan cruel?

—Pero Janet, mi querida, es una gentileza de amigo. Los amigos se hablan honestamente, cara a cara, aunque les duela.— sonrió él, correspondiendo la frase con una inclinación de cabeza.

La música cambió de cadencia, y empezó a sonar un Ragtime electrónico más movido.

El espectáculo se volvió más colorido: entraron los cyborgs antiguos a hacer piruetas eróticas. Una mujer con piernas prostéticas de vinilo seguida por un hombre sin torso ni cuello, que tenía una dolorosa pieza de

aluminio en reemplazo. Las miradas del Inspector y la Madama hicieron conexión, por fin.

—Hablemos de negocios — dijo Manhattan —Es de interés común que encuentre al responsable detrás de la bendita Mosca. Yo gano una recompensa que, por lo que estoy viendo, es mucho más jugosa que lo que ofrece la Señora Borg en la Libreta Púrpura, y tú puedes sostener tu “Nivel Uno” — hizo la mímica con los dedos —con vida.

—Parece justo— exhaló humo mientras asentía.

—Así que vamos a oírlo. Tienes que haber preguntado ya.

—No estaríamos teniendo esta conversación si fuera de ayuda, querido— dijo Janet chupando la boquilla plástica —Nadie sabe nada, excepto lo que se dice en Bajopueblo: pintas la pared, cuentas un chiste verde o negro y la mosca llega a ti mientras un fragmento de tu sueldo se va. El mejor viaje que puedes obtener por ahí. Dicen que lo fabrica un mago, o un fantasma.

—Pelotudeces, hay alguien fabricando todo esto y voy a encontrarlo aunque tenga que desenmascarar a todos los monstruos del pantano del barrio. Acortaríamos camino si me dejaras hablar con alguien de nivel uno.— gesticuló violentamente para pedir un cenicero.

Janet hizo una mueca de incomodidad y miró hacia otro lado.

—...Si es que te queda alguno con vida.— afirmó, casi en tono de pregunta.

—No es eso, querido. Creía que lo sabías.

Janet lo dijo con un tono de arrepentimiento tan alejoso que Manhattan tuvo que alzar una ceja.

—¿Saber qué?

La Madama suspiró largamente, largando chorritos de humo de aroma picoso.

—Nivel uno fue una idea de Sharleena. Ella y yo lo manejamos a medias.

El hindú pareció recordar de pronto que tenía que transpirar. Se puso pálido y la cara se le endureció en tensión.

—Ella fue la primera, después de todo. Cuando acudió a mí con la sensacional idea de tener un cuerpo de profesionales que fuera a trabajar a los Anillos Gemelos, bueno... digamos que nadie podía rehusarse si una chica como ella te pedía algo. Estaba hecha para eso, tú mejor que nadie debería saberlo.

— Si, si, si. Olvidemos el asunto entonces. ¿No podrías consultarle tú para que yo solamente tuviera que hablar contigo? — ahora era Manhattan quien miraba hacia otro lado.

— Diablos, Manhattan, eres un hombre adulto. ¿Tanto miedo le puedes tener a una mujer? — la sonrisa de Janet casi traqueteaba, como viejos huesos.

— Cállate, Janet, te lo digo en serio. — dijo, volviéndose raudamente y clavándole una vista molesta — No quiero tener que lidiar con ella en mi vida. Cuando nos separamos dejé muy claras mis condiciones.

— Si, comprendo. Bueno, veré que puedo hacer. Ni bien salga de la reunión que está teniendo con Borg, la llamaré...

El hindú apagó el cigarrillo con violencia.

— ¿Qué?

— Dije que cuando deje de hablar con Borg...

— Sé lo que dijiste, Janet. ¿Todo este tiempo sabías que ella estaba reunida con la que puso el anuncio en la Libreta Púrpura? — preguntó con fuerza en cada palabra.

Janet fue la que levantó una ceja ahora.

—¿Qué estás implicando, Manhattan?

—Que quizás todo el trabajo haya sido desde el principio de Sharleena. Solo que no quería atraer atención sobre ella y por eso pidió a Borg que publicara el trabajo.

—¿Para no atraerte a ti? — Janet largó una carcajada larga y pausada —Manhattan, cariño, no sos el centro del mundo. Te aseguro que Sharleena ni siquiera pensó en que tú contestarías al anuncio.

—¿Qué relación tiene Sharleena con la Señora Borg?
— preguntó con ansiedad y violencia contenida.

—Eso tendrás que preguntárselo con exactitud a ella, pero hasta donde yo se, Sharleena funciona en este negocio con dos frentes públicos: yo y la Señora Borg. Borg le proporciona una vidriera para los Anillos Gemelos y algunos funcionarios que necesitan ser vistos blanqueando sus pecados.... Y yo le proporciono la vidriera para Bajopueblo.

—Entonces creo que ya sé quién está detrás de todo esto. — concluyó, chasqueando los dedos.

Janet pidió que le llenaran el vaso con un gesto. Un guardaespaldas se acercó enseguida.

—¿Sabes quién está fabricando la Mosca Roja?

—No todavía— dijo el hindú —Pero tengo una idea bastante aproximada. ¿Cuándo regresará Sharleena? Voy a tener que hablar con ella.

—Oh, tiene que venir a llevarse lo que le corresponde más tarde. Te ofrecería que esperes con una de mis chicas, pero sé que no eres esa clase de hombre. Solamente Sharleena te hizo sacarte esos pantalones a las apuradas, ¿Verdad?

—Cállate— dijo Manhattan con una media sonrisa en el rostro. Levantó el vaso en alto para brindar —Por atar los cabos sueltos.

—Por atar los cabos sueltos— repitió Janet, y se rió apenas.

Manhattan se bebió el contenido del vaso de un saque, contento de haber resuelto el misterio de la Mosca Roja de una forma tan simple.

Sin previo anuncio, como quien corre la púa de un vinilo que suena, todo se distorsionó de un tirón, borrón brusco de tinta. El Inspector cayó redondo al piso

alfombrado, dejando que el vaso de vidrio se rompiera en mil pedazos. Janet, mientras tanto, sonreía como una araña sorbiendo una mosca.

El olor a la lluvia hacía que uno se olvidara de que la ciudad era una ruina, o de que la vereda estaba tapizada de una fina amalgama de detritus y basura. O de los chicos amputados pidiendo limosna cerca de las lavanderías. O de los benditos Anillos Gemelos, bendita ciudad, bendito progreso. Todos sabían que se podía llegar a vivir en los Anillos Gemelos si trabajabas lo suficientemente duro. Que el Cristo Transgénico nos bendiga a todos.

La lluvia caía sobre todos, ricos y pobres por igual, tuvieran una salud precaria o una espectacular, creyeran en el Jesús Injertado o no, fueran hombres, mujeres, trans o híbridos cyborg. La lluvia era bien imparcial y, al mismo tiempo, era sanadora: desde hacía bastantes años, lo que caía del cielo raramente era sólo agua. Siempre arrastraba consigo los desechos de las compactadotas, de los complejos fabriles que trabajaban el protomercurio, de las aponadoras de titanio. La lluvia

arrastraba todo lo que los humos que manaban de las chimeneas de la ciudad dejaban que se acumulara en el cielo: desde las brutales y toscos zanjones humeantes de los incineradores de barrio oeste hasta las pulcras e impecables chimeneas, delgados bastones blancos que golpeaban como grisines contra el cielo plomizo, de los altos barrios buenos de los Anillos Gemelos. Era extraño que nadie produjera desechos gaseosos: los fumadores de siempre, la industria, los sistemas de combustión viejos y nuevos para mantener algunos ambientes cálidos, las plantas de reciclaje y las plantas de eliminación, los sumideros y los fumaderos, los exhumadores y los baños turcos. Todos, o la gran parte de ellos, dejaban que algo no demasiado amable subiera y se acumulara. La lluvia ácida carcomía muchas cosas en la calle: obviamente que el cielo no era un laboratorio, así que no se podía esperar que cayera ni con la misma intensidad ni con el mismo PH en todas partes.

Los que podían pagar un impermeable contra la lluvia ácida continuaban saliendo: los que no procuraban quedarse bajo un techo lo bastante grueso o antiguo como para soportar la acidez. Unos cuantos, que no se podían cubrir apropiadamente pero necesitaban salir de todas formas, terminaban exhibiendo sarcomas y enfermedades en la piel en la que parecía que el pellejo pálido se estuviera rasgando por la tensión sobre otra piel, más rosada y porcina. Lo llamaban la enfermedad

del chanco y era muy común en los suburbios de Bajopueblo.

Hacía por lo menos seis horas que llovía sin parar. En el distrito donde vivía, Pop no se preocupaba jamás por la lluvia: todo el edificio estaba preparado y listo para soportar cualquier tormenta, por difícil que pareciera en una torre con tantos pisos y tanto vidrio. Pero el vidrio en realidad no era vidrio, así como el concreto en realidad no era concreto.

Pop se mantenía meditabunda, esperando novedades mientras anochecía. Había pedido vacaciones en el trabajo: le debían casi tres meses que nunca se había tomado y era la primera vez en años que alguien intentaba matarla en su propia casa. La última vez que algo parecido a eso había pasado, todavía no vivía en la Ciudad Vieja, no. Pop había vivido con los muchachos de los Anillos Gemelos, y había sido especialmente entrenada para...

El timbre la quitó de sus pensamientos. El té de Ginseng que se había hecho se había enfriado del todo. Caminó hasta el portero y la imagen que se conectó reveló a un Benny malherido. Por el aspecto, parecía que le hubieran golpeado con una lata de clavos en la cabeza.

—Pop, sé que estás, puedo ver la luz del portero—
Benny dijo a la bocina.

—Benny, ¿Qué mierda les pasó? ¿Dónde está el Funerero?

—Dejame pasar y te cuento todo.— tosió profusamente y luego agregó —Por favor.

—De acuerdo, pero más te vale que no te hayan seguido.

Mientras Benny subía por el ascensor, Pop se colocó una máscara tradicional para Ópera China, adaptada para parecer menos grotesca y más estilizada. La máscara funcionaba al estilo de la de los luchadores mexicanos, y se ataba por detrás. A Pop no le gustaba para nada recibir a alguien en su hogar, pero si iba a hacerlo, era mejor estar cómoda. Especialmente para Benny.

El susodicho llegó a duras penas hasta el departamento. Estaba más golpeado de lo que la cámara había revelado. Varios moretones y rastros de sangre habían logrado estropear la manera en que se veía: una mejor descripción sería que parecía haber pasado por la boca de una gigantesca máquina que había decidido escupirlo con vida antes de terminar de tragarlo.

—Perdón que venga hasta acá. Manhattan no contestaba y no estaba en su casa.

—¿No podías ir a tu casa?— preguntó Pop, sin disimular la molestia y ofreciéndole un asiento.

—Necesitaba contarle esto a alguien— la expresión de Benny era de sinceridad.

—Podrías haber llamado, ¿Sabías?— dijo Pop, vestida sobriamente con unos pantalones y una camiseta para ejercitarse —Cualquiera diría que has venido aquí esperando que te salve.

Benny tosió, sonrió y se desplomó en el asiento que le ofrecía la anfitriona. No dejaba de toser a intervalos irregulares.

—¿Qué carajo pasó? ¿Dónde está el Funebrebro? — preguntó Pop con una nota de molestia en la voz.

—Entramos a hablar con Borg y hasta ahí iba todo tranquilo. No nos habían revisado ni quitado nada de encima. — Benny tenía la cara de dolor que tienen los acalambrados mientras relataba — Nos presentó con una mina rara.

—¿Rara?— inquirió ella

—Si. Así, como de los Anillos Gemelos o algo.— Benny siguió la figura de Pop mientras iba a buscar un botiquín de primeros auxilios — Imaginate: pelo hasta la cintura de un color turquesa, labios ídem, ojos customizados índigo.— Pop regresó y comenzó a prepararse para limpiarle las heridas superficiales —Piel pálida, flaca, abrigo raro y esponjoso, tres o cuatro satélites de comunicación y análisis orbitándole alrededor. Seductora como una buena publicidad de cerveza. Un guardaespaldas genérico con ella. Rara.

—¿Qué hacía esa mujer ahí?— preguntó Pop mientras con manos hábiles le iba enjugando las heridas con una solución antibacteriana y algodón.

—Nos dijo que era su socia, pero nunca nos dijo su nombre. Yo tenía la sensación de haberla visto antes... Pero la gente de los Anillos Gemelos es tan desalmada y genérica que probablemente sintiera eso de cualquiera de ellos.— Benny tosió un poco más y sintió la densidad de la sangre en la saliva.

—Continúa.— ordenó Pop sin un poco de lástima en la voz.

—Nos dijo que todos teníamos que estar en la misma habitación porque ella se merecía escuchar las noveda-

des también... y entonces entraron los muchachos de *The Joy*.

Pop se quedó helada por un momento, pero siguió limpiándole las heridas enseguida.

—¿Qué sucedió?

—Nos demandaron que nos dijéramos todo lo que sabíamos del caso, y nos rehusamos. Nos amenazaron con asimilarnos si no les decíamos todo colaborativamente. Los amenazamos con enterrarlos en las zonas de compactadotas de basura si no se retiraban. Ahí todo se fue al carajo.

—¿Recuerdas qué pasó exactamente?— Pop se detuvo y los ojos de la máscara se fijaron en la mirada del criador de caniches —Benny, ¿Cómo?

—No tengo idea. Chequeamos todos los canales para ver que no fuera una trampa. Alguien nos tiene que haber vendido, Pop— dijo Benny, volviendo a toser con profusión. —Borg y su socia quisieron separarnos con palabras, pero cuando la gente de *The Joy* empezó a amenazarnos, se retiraron pidiendo que nos contactáramos de vuelta en cuanto pudiéramos hablar civilizadamente. La chica de los Anillos Gemelos le mandó saludos a Manhattan.

—Creo que ya se quien es esa mujer— recordó Pop — Gandhi siempre habla de una antigua socia que le cagó la vida

—Si bueno, yendo a lo importante, la gente de *The Joy* estaba ahí. Debían ser soldados nomás porque eran bastante estándar.— Benny se sonrió un poco —Eran cuatro, de todas formas, y nos terminaron superando en estrategia. El funebrero atinó a lanzar una red de desfasaje neuronal y eso los dejó un poco en bolas... ya sabés, por lo del genotipo primitivo que usan en los ojos.

—Nunca voy a entender porqué pensaron desde un principio que eso era buena idea.— masculló Pop en un tono ambiguo que no dejaba en claro si reprochaba a los soldados de *The Joy* o a sus colegas por haberse metido en la pelea.

—Los nanos del Funebrero los atontaron el tiempo suficiente para que pudiera activar al caniche y lanzarme sobre el que tenía más cercano.

—¿El caniche se llevó alguno?

Benny sonrió marcadamente y tosió un largo rato. Pop le ofreció un vaso de agua y luego continuó:

—Hasta donde ví, le arrancó la cabeza a uno antes de que otro terminara de aplastarlo.

— Siempre te dije que lo de los caniches era buena idea. — le confortó, apoyando una mano en su hombro — Continúa.

— El que empecé a golpear no pudo reaccionar, y cuando pudo recobrar el control sobre los genotipos alterados ya le había destrozado la médula. No podría moverse aunque quisiera. — Benny bebió un poco más de agua — Podría haberme encargado de los otros dos si no fuese que tomaron de rehén al funebrero.

— Mierda.

— Si, tal cual. Le había roto el brazo a uno que me estaba golpeando como si estuviera batiendo huevos cuando el otro me chistó para que lo mirara. El funebrero estaba de rodillas, completamente reducido, con un par de dedos rotos y una térmica en la nuca.

— Está bien, Benny. El funebrero nunca fue carne de campo: vos y yo somos los que podemos hacer el trabajo del músculo. — concluyó Pop, otra vez en tono de reproche ambiguo.

— Sí, pero de todas formas es mi responsabilidad que haya caído rehén.

—Bueno, ¿Qué pasó? Supongo que ahí hablaron— dijo Pop, sentándose delante de él.

Benny se limitó a mostrarle el antebrazo. La marca del sello de los muchachos alegres todavía humeaba: siete agujas concéntricas eran el patrón que cualquiera podía identificar, fuera donde fuera.

Eso quería decir que Benny se transformaría en un cerebro lavado que trabajaría para la gente de *The Joy*.

—¿Cómo dejaste que te sellaran, Benny?— preguntó Pop.

—Era eso o la vida del Funebrero— dijo el calvo, alzándose de hombros.

Pop le cruzó la cara de un cachetazo. Los bastardos de los ojos negros tenían esa maldita costumbre: sellar a alguien significaba inyectarle un virus asimilador, que reordenaba los genotipos ajenos a la naturaleza del huésped. Explicándolo de forma sencilla: transformaban sus herramientas y modificaciones corporales en un dispositivo de control. Mientras más modificado estaba un huésped, más rápido cambiaba. El resultado era siempre el mismo: la sinapsis se reordenaba y el cerebro se volvía una repetidora de órdenes de la central. *The Joy* ganaba siempre, y cuando no ganaba, sumaba a sus filas a los ganadores.

—No seas estúpido— dijo Pop con la voz severa saliendo detrás de la colorida máscara china —Tu vida no es tuya para ser dada así nomás. Tenemos un trabajo que completar. Además, ¿Cómo esperas que el Funerero salga con vida si tu no estás para buscarlo?

—Callate de una vez— dijo Benny, también áspero —Sé bien los riesgos y las cosas que se juegan. No me hables como si fuera un ingresante. Trabajamos en esto el tiempo suficiente como para tener una reputación.

—Bueno, señor reputación, ¿Cuánto dices que te queda? ¿Un día? ¿Medio?— Pop gesticulaba en tono sarcástico.

Benny tosió mientras se reía, o se rió tosiendo, que venía a ser lo mismo.

—El problema que tiene gente como ellos es que piensan en términos muy nuevos. Piensan en que el virus asimilador funciona más o menos igual para todos. Yo no, querida. — ante las manos agitadas de Pop, prosiguió molesto — Creí que como los dos fuimos parte del Proyecto Prometeo tu también lo sabrías, pero te lo voy a refrescar: nuestros genotipos no fueron pensados para agregar o quitar, como hacen los de ahora: los nuestros fueron pensados para modificar lo que ya existía.

El Proyecto Prometeo. La razón por la que Benny tuviera que quedar condenado a criar caniches. El puto origen del rostro de ella. El conchudísimo Proyecto Prometeo.

—Ya se, estúpido. ¿O acaso piensas que me gusta usar máscaras? Nuestros genotipos son increíblemente complejos. Eso es lo que nos hace florecillas únicas en el jardín del Señor.— recitó con cinismo — ¿Y?

—La asimilación de estos tipos puede tardar doce o catorce años en afectarme... si es que me afecta en absoluto. Lo de ellos funciona reescribiendo cromosomas, pero yo ya no los tengo en el sentido estricto de la palabra.

Pop se cruzó de brazos. No parecía muy convencida.

—¿Ahora qué?— preguntó Benny, harto.

—No quiero trabajar al lado de alguien que es una bomba de tiempo. Prefiero tener las cosas en claro desde siempre.

—Pop, te lo juro por todas las máscaras y cascos que tengas, si me vuelvo turulato y me termino transformando para ser un cerebro limpio de The Joy, te autorizo a que me quemes. Posta.

Pop permaneció silenciosa. La atmósfera estaba tensa.

—¿Qué puedo hacer para que te sientas cómoda?—
se encogió de hombros.

—Cuéntame qué le sucedió al Funebrero.— cambió
de tema Pop.

—Bueno— comenzó a decir Benny, largando un suspiro de resignación —Se lo llevaron a los Anillos Gemelos. Nos relevaron del trabajo y nos dijeron que no nos metamos más con el asunto de la mosca. Que cualquiera que se metiera con la mosca era cadáver, porque la mosca estaba metida en cosas demasiado importantes como para que pobres pichis como nosotros podamos hacer algo.

—Bueno, esto es fabuloso. Manhattan desaparecido, tu estás siendo asimilado por los comehigos de *The Joy* y el Funebrero siendo leído en algún lugar de los Anillos Gemelos.

—No se tu, Pop, pero yo necesito dormir un poco—
dijo Benny —No estoy en estado de correr al rescate de nadie ahora.

—Pues no lo vas a hacer en mi casa.— dijo Pop levantándose —Ve a tu casa y asegúrate de sobrevivir lo suficiente para regresar con el Funebrero desde los Anillos Gemelos.

Benny la miró con la mejor cara de ojete que pudo poner.

—¿Realmente me vas a echar a la calle en este estado?

—Realmente— dijo ella con rigidez, las manos en jarra sobre su cintura.

—¿Aunque no pueda caminar sin que me duelan todos los músculos?

—Me da igual si tuvieras tachuelas en las botas, te vas a ir de mi casa— exclamó Pop, empujándolo para que se levantara. —No voy a arriesgarme contigo. Una cosa es que vos confíes en los genotipos experimentales... pero yo no. A mi ya me cagaron lo suficiente la vida como para que encima crea en algún margen de error.

—Mira Pop— dijo Benny, caminando a duras penas —Que no te encuentre malherida alguna vez...

—Vete de una vez.

—...Porque tampoco te voy a hospedar...

—Mañana te llamo

—...Y mucho menos, me voy a preocupar de llamarte en la mañana.

—Mandale saludos a los caniches.

Benny, que había llegado hasta el dintel de la puerta de entrada, se dio vuelta. Era grande, pero estaba tan golpeado que parecía una marioneta desinflada y sin vida.

—¿Sabés qué, Pop? No se qué carajo te pasa en la cara, ni tampoco me importa, pero sea lo que sea que te hayan hecho, tiene que ser horrible. Te han arrancado el corazón al mismo tiempo que la cara.

—Adiós, Benny.

—Sos la mina más fría que conozco.

—Me alegra oír eso— dijo Pop, cerrando la puerta y haciendo un gesto con la mano —Chau.

Pop se quedó contra la puerta de entrada de su casa, tratando de elaborar alguna estrategia para ver cómo regresar al Funerero desde los Anillos Gemelos. No habrían pasado ni treinta segundos cuando sintió cómo un gran peso se derrumbaba en el pasillo.

Suspiró de cansancio.

Abrió la puerta y encontró lo que esperaba: Benny, inconsciente. No había llegado al ascensor.

No sin resignación, tomó una de las piernas del hombretón y lo arrastró de vuelta hasta su departamento.

El funebrero abrió los ojos, algo atontado todavía. Sentía como si le hubiese pasado un elefante por encima, pero no sabía explicar muy bien qué había pasado. Sin diferencia temporal, en un momento estaban arrodillado, con una pistola térmica de los agentes de *The Joy* en la nuca y con Benny tratando de negociar su liberación: al próximo, le dolía todo el cuerpo y estaba atado a una silla metálica en una habitación cuadrada y gris.

No entendía nada no por falta de razonamiento, sino porque le había desorientado la rapidez del cambio.

Mientras su cabeza comenzaba a adaptarse a la situación y comenzaba a sacar conclusiones, escuchó el ruido de una puerta a sus espaldas, acompañado de pasos.

Un hombre de barba y pelo largos, vestido de traje y con los ojos completamente negros, le miró y le sonrió amablemente.

—Buenos días, caballero. Espero que haya dormido bien.

—¿Qué... Quién es usted? ¿Dónde estoy?

—Creo que no puedo contestarle a nada de eso todavía, mi estimado.

El funebrero notó una claraboya en el techo y también notó que el cielo ahí era limpio y libre de nubes turbias. El sol estaba muy en lo alto.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que me trajeron aquí?

—Bueno, por lo que dice en su cartilla— dijo el barbudo, examinando una carpeta llena de hojas de examen —Hace una semana que está aquí.

—¿Una semana?— se alarmó el Funebrero.

—No se preocupe— el hombre de la barba se rió un poco —No se preocupe, amigo. Seguro que podemos compensarlo por el tiempo perdido.

FIN DEL CAPITULO IV
CONTINÚA EN EL PRÓXIMO
CAPÍTULO:

Capítulo V – Penguin in bondage

